

CAPÍTULO 1

Pero –diréis– nosotras te pedimos que hablaras de las mujeres y la novela: ¿qué tiene que ver esto con un cuarto propio? Trataré de explicarme. Cuando me pedisteis que hablara de las mujeres y la novela, me senté a la orilla de un río y me puse a pensar el sentido de esas palabras. Podrían querer decir simplemente unas cuantas observaciones sobre Fanny Burney;²³ otras más sobre Jane Austen; un tributo a las Brontë y un bosquejo de la Rectoría de Haworth bajo la nieve; si acaso, unas ocurrencias sobre Miss Mitford;²⁴ una alusión respetuosa a George Eliot; una referencia a Mrs. Gaskell,²⁵ y asunto concluido. Pero, mirándolo bien, las palabras no resultaban tan sencillas. El título “las mujeres y la novela” podría querer decir –y vosotras

²³ Frances Burney (King’s Lynn, Norfolk, 13 junio 1752-Londres, 6 enero 1840), escritora de lengua inglesa. Entre 1786 y 1791 desempeñó el oficio de intendenta de guardarropía de la reina Carlota. *Evelina* fue su primera novela femenina. Escribió también: *Cecilia, or Memoirs of an Heiress* (1782), *Camilla* (1796) y *The Wanderer* (1814). (Nota de la traductora)

²⁴ Mary Russell Mitford (Alresford, Hampshire, 16 diciembre 1787-Swallowfield, Berkshire, 10 enero 1855), escritora y dramaturga de lengua inglesa. Fue amiga de Elizabeth Barrett-Browning, autora muy admirada por Emily Dickinson. Destacan entre su obra poética: *Poems* (1810), *Christina* (1811) y *Blanche* (1812). Se hizo famosa con la serie de narraciones rurales *Our Village* (1824-1832). (N. de la t.)

²⁵ Elizabeth C. S. Gaskell (Chelsea, Londres, 29 septiembre 1810-Alton, Hampshire, 12 noviembre 1865), extraordinaria novelista de lengua inglesa, feminista muy sensible y crítica de la injusticia social de su tiempo. Autora de *Ruth* (1835), *Mary Barton* (1848), *Cranford* (1853), *North and South* (1855), *Wives and Daughters* (1865). Publicó una excelente biografía de Charlotte Brontë (1857). (N. de la t.)

podrías haber querido que dijera— las mujeres y su manera de ser; o podría querer decir las mujeres y la novela que ellas escriben; o podría querer decir las mujeres y la novela que se escribe sobre ellas; o podría querer decir que, de algún modo, las tres cosas están inseparablemente unidas y querríais que las considerara bajo esta luz. Pero cuando empecé a considerar el tema de este último modo, que es el que parecía más interesante, noté enseguida que tenía un inconveniente fatal. Nunca podría llegar a una conclusión. Nunca podría cumplir el que entiendo que es el primer deber de una conferenciante: entregaros, con un discurso de una hora, una pepita de verdad pura que guardar entre las hojas de vuestros cuadernos y conservar para siempre en la repisa de la chimenea. Todo lo que podría hacer es ofrecer os una opinión en torno a una cuestión menor: una mujer tiene que tener dinero y un cuarto propio para poder escribir novela; lo cual, como veréis, deja sin resolver el gran problema de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la novela. He eludido el deber de llegar a una conclusión sobre estas dos cuestiones: las mujeres y la novela siguen siendo, por lo que a mí respecta, problemas no resueltos. Pero, para compensaros en algo, voy a hacer lo que pueda por mostraros cómo he llegado a formarme esa opinión sobre el cuarto y el dinero. Voy a devanar en vuestra presencia, tan completa y libremente como pueda, la madeja de pensamiento que me ha llevado a pensarlo. Tal vez si expongo desnudas las ideas —los prejuicios— que respaldan esa afirmación, descubriréis que tienen cierta relación con las mujeres y también con la novela. De todos modos, cuando un tema es altamente controvertido —y toda cuestión sobre el sexo lo es—, una no puede confiar en que dirá la verdad. Una no puede mas que mostrar cómo llegó a formarse la opinión que tiene. Una no puede mas que darles a sus oyentes la posibilidad de sacar sus propias conclusiones mientras observan las limitaciones, los prejuicios y las peculiaridades de la conferenciante. Es probable en este caso que la novela contenga más verdad que los hechos. Por eso, propongo, tomándome todas las libertades y licencias propias de una

novelista, contaros la historia de dos de los días que han precedido mi llegada a este lugar: cómo, abrumada por el peso del tema que habéis puesto sobre mis hombros, lo he sopesado y hecho actuar dentro y fuera de mi vida cotidiana. No hace falta que diga que lo que voy a describir carece de existencia; Oxbridge es inventado; también Fernham;²⁶ “yo” no es más que un término cómodo para alguien que no tiene existencia real. De mis labios saldrán muchas mentiras, pero tal vez haya algo de verdad mezclada con ellas; vosotras tendréis que buscar esa verdad y decidir si vale la pena conservar algún trozo. Si no, lo tiraréis todo sin más a la papelera y lo olvidáis por completo.

Así pues, estaba yo (llamadme Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael o con el nombre que más os guste, pues es cosa sin importancia)²⁷ sentada a la orilla de un río, hace dos o tres semanas, en un octubre de buen tiempo, absorta en mi pensamiento. El dogal que os decía –las mujeres y la novela, la necesidad de llegar a una conclusión sobre un tema que levanta todo tipo de pasiones y prejuicios–, me inclinaba la cabeza hacia el suelo. A mi derecha y a mi izquierda, arbustos de cierto tipo, dorados y carmesí, resplandecían de color, hasta parecer que ardían con el calor, del fuego. En la otra orilla, los sauces lloraban su lamento perpetuo con las melenas esparcidas por los hombros. El río reflejaba lo que quería de cielo, de puente y de árbol ardiente, y cuando el estudiante hubo bogado con su bote por los reflejos, estos se volvieron a cerrar, completamente, como si él no hubiera existido nunca. Habría podido estar sentada ahí todo el día perdida en mi pensamiento. El pensamiento –por llamarle con un nombre más altivo que el que merecía– había lanzado la caña hacia la corriente. Osciló unos minutos de acá para allá entre

²⁶ Oxbridge combina Oxford y Cambridge; se dice que Fernham evoca Girton y Newnham Colleges, dos colegios de mujeres de la Universidad de Cambridge. (N. de la t.)

²⁷ Virginia Woolf alude a una canción popular, la “Balada de Mary Hamilton”, que se dice que hace referencia a las compañeras de la desafortunada María I Estuardo, reina de Escocia (1542-1587). (N. de la t.)